

LA FUNCIÓN EDUCADORA DE LOS PADRES EN EL PROCESO DE MADURACIÓN Y HUMANIZACIÓN DE LA SEXUALIDAD DE LOS HIJOS

Antonio Sánchez Sánchez

La educación sexual es el arte de acompañar a los hijos en el proceso de maduración y de humanización de su sexualidad. Este arte ha de crearse a propósito de cada hijo y de cada situación, que en parte depende de la creatividad del educador y en parte se ha de aprender a base de reflexión y experiencia.

El primer elemento de este arte es entender precisamente que se trata de un proceso. Esto significa vivir cada etapa y cada situación como momentos de una evolución hacia la madurez. No se trata de salir airosos ante una pregunta del hijo, sino entender su proceso y acompañarle en cada momento a que dé el paso adecuado.

Este proceso es humano y no mecanicista; esto significa que un error marca sin duda las etapas posteriores, pero también que un paso inadecuado se puede corregir posteriormente. Por otra parte, es necesario no olvidar que la influencia de los padres es decisiva en algunas etapas, pero que en el conjunto se ha de contar con otras influencias (escuela, amigos) que pueden ser determinantes.

La presente comunicación vertebrada por dos partes, trata en la primera sobre los criterios básicos que han de orientar en este terreno las acciones de los padres como educadores y, en la segunda, la manera de como se deben realizar las acciones educadoras para ser eficaces.

I. CRITERIOS DE LA EDUCACIÓN SEXUAL

El objetivo último de la educación sexual es que los hijos lleguen a vivir su sexualidad de manera adecuadamente humana y humanizadora. Por ello uno de los retos a los que ha de hacer frente todo educador y todo padre es la comprensión más adecuada posible de lo que es y lo que debe ser una vida sexual

humana madura. He aquí algunos criterios básicos que han de orientar en el ámbito de la sexualidad las acciones de los padres como educadores.

1.1.La sexualidad es un elemento definidor de la persona

El hecho sexual no es algo con poca importancia, o un aspecto colateral de las personas; es un elemento que nos define y nos constituye. Las únicas personas que existen son las personas reales y éstas son hombres y mujeres. Evidentemente no todos los hombres son iguales como no lo son las mujeres; pero no hay más manera de ser persona que siendo hombre o mujer. La impronta masculina o femenina, marca toda nuestra manera de ser, de evolucionar, de sentir, de pensar, de relacionarse con los demás, de tender a la plenitud. La sexualidad no puede reducirse a la genitalidad, sino que configura toda la existencia de una persona. Todos somos seres sexuados, y todo en nosotros lleva la impronta de nuestra sexualidad.

1.2.La madurez comporta el conocimiento y la aceptación de la propia sexualidad

Aquel hecho comporta una primera exigencia: conocer la propia sexualidad y asumirla. Ante todo se trata de conocer y asumir el hecho de la propia feminidad o masculinidad; y también el conocimiento y la aceptación de la propia manera de ser que, en parte, emerge de las características de la propia sexualidad. Cada persona, cada hijo, tiene ante sí la tarea de conocer y asumir la propia manera de ser hombre o mujer.

El arte de la educación sexual empieza por la delicada misión de ayudar a cada hijo o hija, porque no hay dos personas o dos hijos o hijas iguales, a descubrirse tal como es, a aceptar con alegría su manera de ser y a asumir su sexualidad con las características que le son propias. Y esto comporta en el educador renuncias no fáciles:

- Primero, evitar actuar con los hijos bajo las pautas de la propia manera de ser exigiéndoles que sean la repetición de uno mismo;
- y segundo, evitar el proyectar para ellos ideales teóricos, que con frecuencia no son más que la sublimación de los propios fantasmas fracasados.

1.3.La sexualidad es vivida humanamente cuando es integrada en un proyecto vital global, digno del hombre

La sexualidad no sólo ha de ser conocida y asumida, sino integrada en el proyecto global de la persona. La sexualidad humana es muy compleja y en ella

se encuentra una gran riqueza de virtualidades. En la sexualidad se da la dimensión genital, con las leyes fisiológicas que la dirigen. Se da también una dimensión mucho más difusa, la dimensión afectivo-sensual, con la tendencia erótica hacia el otro sexo, las leyes de la afectividad humana y la experiencia erótico-sensual de la satisfacción y la complacencia. Y se da, además, la impronta sexual de la propia manera de ser, del carácter, incluso de la reflexión intelectual y de la voluntad. Todos ellos son elementos constitutivos que pueden ser vividos de muchas maneras y que tienden, cada uno de ellos, a una realización más o menos desintegrada de la propia tendencia.

Esta complejidad constituye el desafío central en la tarea de la humanización de la sexualidad. Las múltiples virtualidades de la sexualidad maduran hasta que tienden a una integración en la cual cada dimensión juega su papel al servicio del conjunto. Y además, esta sexualidad integrada se puede calificar de plenamente humana sólo en la medida en que todas sus fuerzas vitales están integradas en un proyecto ético, noble y digno de la persona humana. Esto determina la doble tarea antropológica y moral que tienen los hijos ante sí:

- Por una parte, aprender a ser y a actuar como personas y
- por otra, aprender a integrar su sexualidad en este proyecto total de ellos mismos.

Tal tarea propia de los hijos por el hecho de existir, marca el punto central del arte educador de los padres; han de poner todas sus fuerzas al servicio de este lento proceso de madurez humana y sexual. Acompañar a los hijos en su camino hacia su vida humana digna integrando en ella sus fuerzas sexuales no es fácil, pero es una misión que vale la pena asumir y vivir.

1.4. La sexualidad es el lenguaje del amor

No es fácil entender y vivir el amor humano. Nuestra cultura pone de relieve de manera desmesurada el componente afectivo del amor y no subraya una dimensión que lo define: la donación personal al otro y el trabajo positivo por su bien. La sexualidad toda ella, está llamada a ser la mediación del amor pleno a otra persona. La atracción erótica, la vivencia genital, el vivo contacto de los cuerpos están llamados a ser manifestación y expresión del amor personal, de la donación viva a otro Yo. Aprender a amar y aprender a integrar la sexualidad en el amor es el aspecto más decisivo del proceso de madurez sexual. En este ámbito tiene su sentido propio la entrega genital. La mutua entrega genital es como el iceberg de una realidad humana inmensa: el amor mutuo vivido como definitivo, sin engañar al otro, sin ponerle a prueba, sin esquivar las responsabilidades hacia él, sin limitaciones. La desnudez compartida

es signo de abandono de todo engaño, de toda autodefensa, de toda utilización del otro.

1.5. La sexualidad es también el lenguaje del amor procreador

Amar es también dar vida. De hecho la cultura tradicional había insistido casi exclusivamente en la dimensión procreadora de la sexualidad. Nuestra cultura actual ha dado un gran paso al integrar la sexualidad en la relación amorosa, pero corre el peligro de ignorar el aspecto procreador; en parte por reacción, y en parte porque no es fácil. No se trata de buscar un hijo en cada relación sexual sino en asumir la misión procreadora del amor de la pareja que se expresa sexualmente, en la práctica cada pareja debe decidir el número y el momento de sus hijos. La cuestión básica es la misma vivencia de su amor y de su sexualidad. La madurez de la vida sexual comporta aprender a amarse mutuamente y asumir con gozo la apertura procreadora de su relación y de su amor.

II.- CLIMA Y MÉTODO

En la educación es tan importante el «*qué*» como el «*cómo*», la meta como el camino.

Hemos descrito los aspectos básicos de la plenitud sexual humana que han de ser criterios de la acción educativa de los padres. Trataremos ahora de la manera como los padres pueden acompañar a sus hijos en su crecimiento humano sexual.

2.1. Una vivencia básicamente positiva por parte de los padres

La educación no es método, es la comunicación de unos valores vividos personalmente. El único ámbito adecuado para que la acción educativa sea positiva y eficaz es que los padres vivan su amor y su sexualidad como realidades positivas. Antes que nada la educación se transmite por ósmosis y el clima familiar es el seno materno en el cual se asimilan los valores vividos, incluso sin decirlo.

Una buena pedagogía de la sexualidad pasa por una revisión de la propia vivencia por parte de los propios padres. Hay muchas maneras de vivir el amor, la sexualidad, los hijos, la familia, que no responden a un nivel normal de generosidad y de ilusión, incluso cuando ello comporte sacrificios y correcciones dolorosas. En este caso, las palabras y los métodos estarían viciados por dentro, y los hijos recibirían un impacto mucho más fuerte del clima negativo que de alguna intervención puntual positiva.

2.2. Un camino hacia la normalidad

Quizá el primer objetivo de la educación es conseguir que los hijos traten y vivan el tema con normalidad, sin obsesiones y sin miedos. Para conseguir esta normalidad, los padres han de intentar despojarse de los arquetipos: El primero es la tradición cultural de la que los padres son hijos. El sexo ha sido considerado sospechoso, la dimensión menos digna del hombre, y se rodeaba de un clima de incomodidad, de represión y de silencio que favorecía la picaresca. Actualmente sabemos que éste es un mal método, pero somos conscientes que no es fácil encontrar el tono adecuado cuando hemos vivido esa situación. Por otra parte, el ambiente social actual tampoco es muy propicio o al menos no es muy sereno para la educación sexual. En efecto, nuestra cultura es refinadamente sensual, el cuerpo y todos sus sentidos son tratados con una condescendencia que a veces llega a ser un culto. En este clima, erotismo y sexualidad gozan de un estatuto privilegiado. Tampoco este clima favorece un trato pedagógico normal. Por añadidura, a los propios hijos (preadolescentes, adolescentes y jóvenes) les resulta difícil tratar y vivir el tema de la sexualidad con normalidad, precisamente porque está apareciendo en ellos mismos, y lo están descubriendo de un modo completamente distinto a como lo han podido ver o tratar de niños. Los padres junto con todos los demás educadores, han de intentar vencer las anteriores dificultades y han de suplir con su trato los altibajos del proceso de sus hijos/as, pero eso sí, con normalidad, sin obsesiones y sin miedos.

2.3. Un clima de verdad, de confianza y de diálogo

Es claro que para conseguir la normal reconciliación del hijo con su propia sexualidad, el clima no ha de ser de silencio, de imposición y de culpabilización, sino de sinceridad, de confianza y de diálogo. Esto no significa que confianza y diálogo aseguren el éxito, significa que sin ellos parece que está seguro el fracaso.

La confianza que no se exige, sino que se ofrece y se merece, supone ante todo que los padres se expresen con sinceridad, sin mentiras y sin vergüenzas. No hay razón para ruborizarse ante una situación o para eludir una pregunta del hijo. Cualquier incomodidad ante una pregunta o una actuación del hijo puede inducirle a callar el tema para siempre, a considerarlo inquietante o tratarlo con procacidad.

Sinceridad y verdad significan evitar engaños o respuestas evasivas, y a la vez supone el arte de la oportunidad. Es cierto que la sexualidad tiene siempre un acento de intimidad que no se puede tratar de manera desconsiderada. Este hecho puede crear en los padres el temor a hablar demasiado o a suscitar el tema antes del momento adecuado. Sin embargo, parece claro que cuando los

comentarios de los padres están hechos con respeto, normalidad y sin miedo, no pueden hacer daño a los hijos. Ellos asumirán lo que puedan entender y la normalidad de los padres les abrirá el camino a comentarios posteriores.

En cualquier caso, cabe preguntarse *¿cuál debe ser el objetivo de cualquier comentario? ¿hacia dónde deben llevar los padres la conversación?*. Aquí es preciso recordar lo que se expresó en la primera parte. Las palabras y los comentarios deben acompañar a los hijos hacia el conocimiento y la aceptación de su sexualidad y de la sexualidad de los otros como algo realmente positivo; y hacia la integración de todas las fuerzas de esta sexualidad en un proyecto global de amor vivo y total a otra persona abierto a la donación de la vida. El camino es lento, sin duda; pero todo puede ser ocasión para que el hijo progrese en el descubrimiento de su sexualidad y en su integración en una actitud rica y personal.

Al principio las conversaciones de los padres pueden girar sobre las preguntas de los hijos, las cosas que le explican o los deberes que deben hacer para el colegio. Puede y debe ser también ocasión de hablar del tema un beso cariñoso de los mismos padres, una película, un programa de televisión, un reportaje, una lectura, incluso la noticia de un divorcio o de una violación. Es todavía más importante el comentario sobre las mismas experiencias vividas por los hijos. Puede serlo la visión de la hermana o del hermano desnudos, o la ilusión manifestada por salir de excursión con personas del otro sexo, o la atracción sentida hacia el sexo contrario, o la avidez en mirar una revista o la experiencia de una erección o las pruebas de una masturbación. Es claro que cualquiera de estas experiencias pueden ser comentadas con toda tranquilidad, sin palabras culpabilizadoras, y sin silencios que todavía pueden serlo más.

Ya es arte consumado acompañar al hijo a partir de aquí hacia la comprensión y valoración de su sexualidad, de sus tendencias y del cuerpo de los otros, y hacia la asunción de toda su tendencia erótica en la futura donación amorosa e íntima a otra persona querida como tal. Este arte no es difícil. Una de las condiciones básicas es que los mismos padres vivan con ilusión y con madurez humana su propia sexualidad y la hayan integrado como un elemento decisivo en su amor mutuo vivido con generosidad.

III. RELACIÓN BIBLIOGRÁFICA

- BASEVI, C. (1.992): *«Sexualidad humana y sacramentalidad»*. Rialp. Madrid.
- CONFORT, A. y CONFORT, Y. (1.990): *«El adolescente, sexualidad, vida y crecimiento»*. Blume. Barcelona.
- HEATH, S. (1.984): *«Miseria de la revolución sexual»*. Gedisa. Barcelona.
- MONEY, Y. y EHRHARJT, A. (1.982): *«Desarrollo de la sexualidad humana»*. Morata. Madrid.